

IV. — LA UNIDAD DE NUESTRA  
HISTORIA

## TEMÁTICA Y CONTINUIDAD DE NUESTRA HISTORIA

Creo que el carácter, a la vez típico y crucial, del episodio de nuestro pasado nacional que hemos historiado puede servirnos de punto de partida e inspiración para la interpretación que nos proponemos.

El contacto vivo con los afanes y la ejecutoria de aquellos héroes de 1821 nos ha alumbrado, ante todo, la existencia de un proceso ininterrumpido en la historia moderna de España que consta, en los hechos exteriores, de seis guerras que son continuación una de otra; y, en el espíritu interno, de una constante voluntad que se ordena, en todo caso, a los mismos ideales.

Al visitar recientemente en Pamplona el Museo de Recuerdos Históricos (o Museo Carlista), observé que habían sido reunidos en una sala, junto a un estandarte traído de la Vendée, banderas y símbolos de cinco de esas guerras: la del Rosellón (1793), la de la Constitución (*Lámina 8*), las dos carlistas, y la última de 1936. No he visto

ninguna interpretación más recta y veraz de nuestra historia contemporánea y, si se añadiese un recuerdo de la Guerra de la Independencia, no cabría una representación más exacta de la continuidad histórica de España.

En 1793 la tradición católica y monárquica del pueblo impone una guerra contra la naciente República Francesa, que se costea en gran parte por el pueblo mismo y se nutre en sus ejércitos de voluntarios. Así, la Revolución Francesa hubo de encontrar entre sus primeros enemigos a la Monarquía tradicional de España, que aun guardaba arrestos para velar por el orden europeo. El carácter religioso de esta lucha está claramente expresado en el estandarte de sus voluntarios navarros que se conserva en dicho Museo de Pamplona. En él, sobre el escudo del Reino, aparece el lema: *Por Dios, el Rey y la Patria* (Lámina 7).

Esta guerra se perdió; pero en 1908, victoriosa la Revolución en toda Europa por obra de Napoleón, son derrotados sus ejércitos por el esfuerzo y constancia del guerrillero español, con lo que se inicia el ocaso de su fortuna.

El sentido auténtico y tradicional de estas dos primeras luchas está todavía identificado con lo que podríamos llamar la "España oficial". Por el contrario, la prolongación de este esfuerzo a través de las guerras siguientes es ya *faccioso* en España. No caigamos en la tentación, sin embargo, de identificar a España con ese Estado oficial. España es una realidad histórica y, como tal, compleja e indefinible; formada de unos elementos que Maeztu llama *ónticos* —tierra y raza—, de una tradición cultural y religiosa que preforma y confiere personalidad a sus obras, y, en este caso al menos, de unos nortes o ideales permanentes, a los que se ordena el dinamismo de esa tradición. El Estado, en

cambio, es, al menos de la Revolución a esta parte, esa *estructuración "a priori"* que propugnó el espíritu de la Ilustración. La Patria es siempre la misma o no varía sino por una lenta evolución; el Estado, en cambio, puede variar radicalmente de la noche a la mañana.

∟ La guerra de la Constitución nos ha aparecido, por boca de sus partícipes, como continuación de la Guerra de la Independencia contra un Gobierno al que se califica de *intruso* (francés) y de *impío* y *antimonárquico*, con lo que resulta también el primer acto de las guerras civiles (carlistas) que habrían de culminar en la última de 1936. >

∟ En todas se repite el mismo tema: la Patria, identificada con el espíritu católico, lucha contra los hombres y la obra de la Revolución, no como una ciega supervivencia del pasado, sino en defensa explícita de un orden y un ideal universales, que habían sido la bandera en su anterior historia, y de un sistema político que probó su eficacia entre nosotros desde la antigüedad más remota. >

Y todo este ciclo histórico puede considerarse —como ya he apuntado antes— continuación de las guerras de religión (1). No es este momento para estudiar las relaciones ideológicas entre el Derecho político derivado de la Revolución Francesa y los fundamentos teóricos del Protestantismo. Sin embargo, quien, con una mente protestante, es decir, sobre los principios de un orden natural independiente, de la relegación a las conciencias del hecho religioso, y del libre examen, trate de forjar una concepción política, verá hasta qué extremo se aproxima a la del Liberalismo.

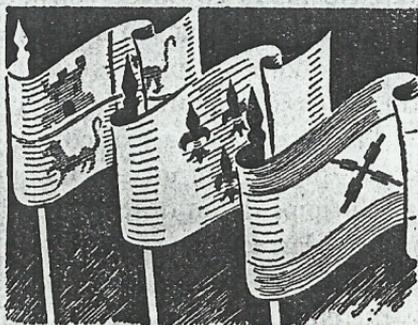
España había mantenido en Europa durante un siglo

---

(1) Vid. sobre esta idea HERNANDO DE LARRAMENDI, Luis. *Omisiones y desvarios de Mella*. Madrid, 1911.

la causa católica, y, ante el hecho de la Revolución Francesa, supo apreciar sus conexiones necesarias con la herejía y aprestarse a la defensa contra la nueva derivación del mal que ahora se introducía en su seno.

Así, pues, ambos períodos de luchas formarían lo que podemos llamar *etapa defensiva* de la historia de España. Etapa que se completará —para una visión total y coherente de nuestra historia— con otras dos anteriores: la Reconquista y el descubrimiento y colonización de América. Es decir, *construcción, despliegue, y conservación o defensa* de España, que serán los actos del drama inacabado de nuestra historia. Ella adquiere así, a nuestros ojos, un sentido histórico y una *unidad quasi personal* en un grado que pocas realidades históricosociales habrán alcanzado.



## SENTIDO DE NUESTRO TRADICIONALISMO

Este hecho de la supervivencia actual del sentido de la historia de España tiene, a mi juicio, la mayor importancia. Supone que en nuestro pueblo lo que podemos llamar en un sentido amplio *tradicionalismo*, no necesita mirar al pasado para encontrarse a sí mismo. Que no es añoranza o teorización sobre una realidad histórica ajena ya a nosotros, sino un situarse en ese *impulso interno, oculto en el seno de la misteriosa vida de los pueblos, en que el hombre se reconoce a sí mismo*, de que nos habla Berdiaeff. Lo que vale tanto como decir que es *auténtico tradicionalismo*, y no arqueología o idealismo desarraigado de la realidad viva.

Este tradicionalismo propugna, de una parte, una actitud general frente a la vida —la católica, con las modalidades humanas propias del español—, y, de otra, un orden social y un sistema político en armonía con ese espíritu y la común tradición.

En la conciencia de todos está la estrecha relación en que ambas cosas se encuentran para una posible restauración de su vigencia social o política. La experiencia atestigua el fra-

caso de todos los esfuerzos por restaurar en la sociedad esa actitud y ese espíritu cristianos sin la ayuda de una previa estructura social y política congruente.

Pues bien, otro tanto sucedería para la consecución de ese previo hecho social y político si no existiera un elemento humano, tradicional e histórico que hubiera mantenido una continuidad activa y sirviera, al menos, de solera. El Imperio Romano, por ejemplo, en la grandeza y formas políticas de la época de Augusto es hoy, para nosotros, solamente una realidad histórica del pasado. Los romanos tradicionalmente evolucionados somos nosotros, los pueblos latinos, con nuestro mundo, nuestra lengua y nuestros veinte siglos de cultura posterior. Por eso, el intento mussoliniano de restauración romana no pudo pasar, desgraciadamente, de una pantomima vencida al cabo por la realidad actual del pueblo italiano. Por esta misma falta de una autenticidad viva, se haría hoy tan difícil en otras muchas naciones una íntegra restauración monárquica tradicional. Aunque la intelectualidad haya podido *volver a pensar* en esto, falta entre ellos casi totalmente el calor vital, humano e histórico de una continuidad de acción en ese sentido. Lo que tampoco supone que sea del todo imposible tal restauración nacional en esos países.

Mas el caso en España es muy otro. Aquí, como en todas partes, se ha operado un retorno a cuanto el racionalismo y la Ilustración despreciaran. Tradición, cultura patria, espíritu popular e histórico, no sólo han vuelto a ser mirados con respeto, sino que se ha querido encontrar, en su contenido político y social, remedio a los angustiosos problemas de nuestra época. Pero el hecho, entre nosotros, es superior y diferente: Dentro de las clases que en España podemos

llamar populares —obrero y campesina— existen dos grandes grupos. Uno —el obrero principalmente— es revolucionario, respondiendo a la reacción —morbosa, pero universal— frente al hecho del capitalismo. Otro —el campesino, sobre todo— es, en lo que toca al orden nacional, social y político, indiferente. Ello no es obstáculo para que se dé una sincera, aunque rutinaria, religiosidad en la mayor parte del segundo grupo y aun del primero, en forma a menudo inconsciente. Esta situación es pareja con la que existe hoy en casi todas las naciones, principalmente en las latinas.

Pero en España existe además un tercer grupo. Es el del campesino realista o carlista. Es decir, que ha pervivido entre nosotros un grupo profundamente popular, que lejos de rebelarse —por odio o injusticia sufrida— contra el espíritu religioso nacional, y lejos de permanecer en apática indiferencia, ha estado dispuesto durante más de una centuria a entregar su vida y hacienda en defensa de su Dios y de su Rey.

Un escritor contemporáneo decía hace poco (1) que “por la fusión de los contrarios en nuestra alma, es difícil que hoy un hombre de nuestra edad pueda ser *partidario* de los guerrilleros (que luchaban contra Napoleón) con la misma posición que mantuvieran aquéllos”. Quiero demostrar aquí, precisamente, que esto, no sólo es posible, sino que lo único verdaderamente original y típico es esa perduración íntegra de la misma actitud frente a la vida y frente a la Historia que movió a aquellos héroes de antaño.

Este, repito, es un hecho original de nuestro pueblo, y, a mi juicio, esencialísimo. No hay aquí sólo un puro retorno

---

(1) RIDRUEJO, D. *Guerra de la Independencia*. (“Arriba”, suplemento literario, 1945.)

racional hacia lo que en otro tiempo se pensó o se creyó, sino que se da, en lo humano e histórico, una continuidad viva y actuante que perpetúa el sentido de nuestra tradición. De los que en 1936 se alzaron en armas, podrá atribuirse a algunos —bien que con probable injusticia— el móvil de defender una posición social y económica. A otros, quizá el afán de remedar lo que en otros lugares de Europa era aclamado. A unos terceros, tal vez, el instinto de conservación o la simple adhesión ante lo que ya era un hecho consumado. Pero, junto a ellos, fueron muchos los que abandonaron unos pobres aperos de labranza y un hogar casi miserable para combatir con sus manos encallecidas por lo que habían defendido todas las generaciones anteriores desde que España adquirió una personalidad nacional en el mundo. Este hecho, de pura historia y de facilísima comprobación práctica, es lo que no se ve o no se quiere ver hoy en el mundo al enjuiciar la situación jurídica y política que creó el Alzamiento Nacional.

El sociólogo inglés Mr. Beveridge, en su visita a España en 1945, coincidió en Madrid con el desfile conmemorativo de la victoria nacional. A su regreso manifestó que no comprendía cómo, lejos de procurar olvidarla, se festejaba en España la victoria de una guerra civil.

Sin embargo, para una mente no inglesa ni deformada por la sociología, una guerra por principios religioso-políticos, es decir, por motivos ideológicos universales, aun siendo civil, sería la única justificable ante la razón, y cuya victoria podría y debería ser recordada y festejada. Ella, puesto que es o se estima el triunfo de la verdad y de su reconocimiento social, representa para los vencedores el triunfo de todos, incluso de los enemigos, aunque éstos no estén en

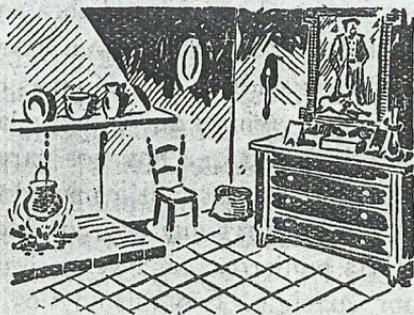
condiciones de verlo y reconocerlo. Las guerras entre pueblos, las de conquista o defensa de un predominio, las económicas y las raciales, son, en cambio, las injustificables ante la razón y cuyo resultado entraña, por su misma esencia, una injusticia y una opresión. Su recuerdo es, cabalmente, el que no debe subsistir, porque de festejarlas resultará siempre el escarnio del vencido y el deseo de venganza. La radical oposición de estos dos puntos de vista nace de la admisión o no admisión del principio de las nacionalidades en sentido moderno. Estas guerras de España —nótese bien— brotan de una *concepción de universo* medieval y cristiana.

Históricamente hablando, el hecho de que España fuese el único país donde en pleno siglo xx se pudiese hablar y se hablase de *guerra santa*, está íntimamente relacionado con la perduración activa y popular de ese espíritu tradicionalista a que aludíamos.

Para muchos, esa perduración no habrá significado más que un hecho aislado y retrógrado, o un caso, entre otros, de partidismo y disgregación. Es mucho más difícil ver claro en el mundo en que vivimos que en el de la historia pretérita. Los acontecimientos que hoy nos parecen llenos de valor y sentido históricos, pasaron a menudo inadvertidos en su tiempo. Y los hombres que hoy consideramos forjadores de la historia pudieron ser, a veces, ignorados y aun despreciados por su siglo. Eso mismo nos sucederá, sin duda, en nuestra época. Pero quien real y neutralmente contemple los datos de la historia de España en los siglos xix y xx, no puede pasar por alto ese hecho, sin par en Europa, de la pervivencia en su ideología y ejecutoria

de una continuidad política que se identifica con la tradición y el espíritu de la antigua España.

Aparte de esto, cuanto políticamente acaeció en esta época fué —en frase de Menéndez Pelayo— “remedo y trasunto débil de lo que en otras parte era aclamado”. En este período todo nació y murió entre cuatro paredes “sin dejar honra de veneración, ni de respeto, ni aun de memoria”. La historia de sus afanes políticos y sus obras nacionales nos aparece hoy —como dije al principio— tan lejana y carente de interés como si se tratase de los primeros tiempos de la Historia. Símbolo de cuanto digo son, de una parte, los discursos de Vázquez Mella —en su fondo doctrinal tan actuales hoy como cuando los pronunció—, y los de Castelar, de otra, que nadie es ya capaz de leer.



## LA SITUACIÓN ESPIRITUAL DE NUESTRO TIEMPO

Después de esta segunda guerra mundial, que ha iniciado un paso de gigante, quizá definitivo, en orden al poder destructivo de las armas, el hombre actual parece haber consumido su capacidad de tener fe en teorías o ilusión en ideales supremos.

Las construcciones progresivas e iluministas del racionalismo ya no conmueven a nadie. Una crítica acabada del principio del sufragio universal, y de la bondad natural del hombre en que se apoya, es capaz de hacerla hoy un niño de la escuela. Si parece haber renacido, en la propaganda al menos, el ideal de la Libertad y de la Democracia, es porque de alguna cosa hay que hablar, y en nombre de algo se ha de realizar el despojo y reparto de naciones. Y si algo sano se entrevé en el concepto actual de democracia, es lo que pueda significar de reacción de la personalidad humana

contra los regímenes de fuerza, pero nada que implique un sistema constructivo.

Tampoco se cree hoy en los ideales socialistas. Están juzgados y criticados la *igualdad económica* y el *trabajo organizado* como finalidades de la vida. Según Berdiaeff, "las lamentables charlatanerías sobre el alma nueva proletaria y sobre la naciente cultura obrera crean cierto sentimiento de disgusto entre los mismos socialistas". El socialismo, desnudado de su prosa ornamental, aparece hoy como vacío de sustancia y de finalidad propiamente humanas, y en su fondo se adivina la nada. El supremo fin de *racionalizar* y *organizar* hasta lo último las relaciones sociales y económicas, conjugado con su principio de justificar los medios por los fines, ha llegado a crear en algún país una colosal máquina estatal que, como Saturno, devora a sus propios hijos, y a la que los hombres han aprendido hoy a temer sobre todo otro mal, sin dejar de reconocer que constituye, en realidad, la última consecuencia lógica de las premisas que sentó la Revolución Francesa.

Y si alguna vez llegan a renacer los totalitarismos o socialismos nacionales, no será como bandera de redención humana, sino como ansia vindicativa, no individual, sino nacional.

El hombre actual no cree ya en nada, de no ser en un vago historicismo existencialista o en una cierta interpretación pragmatista de las ideologías, que no son más que *modos de presentar* un esencial escepticismo. Sin embargo, en medio de su cansancio, desea imperiosamente una posición natural y humana que haga posible la vida y la convivencia, y constituya así una salvación abierta a toda la humanidad doliente.

El principio del *antojo personal* —observa Delp— ha deshecho nuestra civilización. “Pero —añade— en nuestra época se ha despertado el ansia de esa área central, patria de todos los hombres. En estos tiempos nuestros están los sentidos y los ojos de los hombres más abiertos que nunca a los valores y posiciones verdaderamente naturales”. El problema de nuestros días es, ante todo, un problema religioso; o, si se quiere, la culminación de un proceso de crisis religiosa. “El secreto de la tragedia —concluye Delp— es el secreto de Lutero, y el secreto de Kant, el secreto de Nietzsche, y el de Hegel..., el secreto de un centro que falta”. Y cuando un problema humano e histórico llega a hacerse total, es decir, filosófico, cultural, moral y político; cuando se vive en continuos bandazos a las más opuestas tendencias y del temor a la guerra, y no queda nada que aglutine a las gentes con auténtico respeto, arguye entonces la existencia de un básico problema religioso. No vale entonces, sin falseamiento de la realidad, el fraccionarlo en multitud de problemas que, a gusto de cada uno, puedan erigirse en centro de la cuestión, ni aun siquiera el resolverlo en una pluralidad coincidente de problemas.

A esta concepción religiosa de la situación se opone aquella otra que sigue considerando a Europa como un medio cristiano, al menos *en el fondo*, y hace depender las profundas crisis y las conflagraciones mundiales de circunstancias temporales y adyacentes que se reduzcan, con diferencias de grado, a los problemas que surgían en las edades cristianas. Muchos hablan así desde el Poder por afición a él y para así acallar la conciencia religiosa de los gobernados, que exige un cambio radical. Caso típico en nuestra historia reciente es el de los últimos tiempos de la

Monarquía liberal, en los que, mientras se mantenía un sistema político que incubaba celosamente la revolución que luego se desató, el Régimen, por boca de Don Alfonso, consagraba España al Sagrado Corazón de Jesús.

Pero también —y esto es más grave— se habla así, a veces; desde ciertos medios eclesiásticos. Oyéndolos se tiene la impresión de que vivimos en el más cristiano de los mundos, que para la perfección absoluta sólo falta una formal unión de las iglesias consideradas como unidades, y que la guerra mundial ha sido sólo la lamentable consecuencia de un pleito de fronteras o de la ambición de un gobernante, pero que, acabada ésta, la cuestión sólo estriba en evitar que vuelva a prenderse. A mi juicio, sólo puede explicarse esta visión de las cosas por el afán de mantener a la Iglesia como sujeto de normales relaciones diplomáticas con las potencias del mundo actual, o por el horror a declararse factor en lucha y oposición.

Creo que en este punto Max Scheler dió en un dilema completo y luminoso: "Si el Cristianismo —dice—, en el sentido de la fe subjetiva, estuviera tan bien y en una situación tan excelente como nos aseguran con tanta frecuencia muchos creyentes; si se púdiera decir honradamente que la civilización europea moderna de los últimos siglos, al menos en sus raíces vitales universales, era aún *cristiana* cuando estalló la guerra mundial, ¿quién podrá entonces atreverse a atacar seriamente la afirmación, aniquiladora para la religión cristiana, de la bancarrota del Cristianismo, aun como contenido objetivo de sentido? Sin embargo, esto es claro como la luz del día: si la doctrina del Cristianismo dominaba efectivamente en la época, en los pueblos, dentro de sus organizaciones y costumbres, cuando se produjo esta

guerra, o si era todavía en ellos, al menos, el poder espiritual *rector* de la vida, entonces —en cuanto alcanza a ver la razón— también el Cristianismo, como religión positiva, está juzgado...” Es, pues, totalmente imposible demostrar estas dos cosas: que la Europa de antes de la guerra era un *círculo cultural verdaderamente cristiano*, y que el Cristianismo *no* está en bancarrota; que la Iglesia está interiormente, aunque sólo sea por término medio, en estado normal, y exteriormente en la plenitud de poder que corresponde a su dignidad, y que el Cristianismo no está en bancarrota. Más bien puede decirse: si la Iglesia estaba en tan buena situación, entonces el Cristianismo está en bancarrota” (1).

A este dilema podrían dársele otras formulaciones: Si un sacerdote, por ejemplo (para citar al cristiano de especial dedicación religiosa y sometido a mayor disciplina eclesiástica), puede, entre nosotros, declararse indiferentemente liberal o totalitario, demócrata o socialista, nacionalista o tradicionalista... Si un cristiano, en cuanto tal, permanece ajeno a estos problemas y tendencias y sólo participa de ellos en cuanto obrero o capitalista, o alemán o británico... Si el Cristianismo es una doctrina etérea o meramente relativa a la intimidad de las conciencias, pero que nada tiene que afirmar o negar en estas cuestiones... Si ellas, además, son causa de unas luchas como no vieron las edades, luchas a las que el hombre se entrega con todo su ser y en las que se compromete la misma existencia de la civilización..., entonces, el Cristianismo ha fracasado.

Lo que en realidad sucede —se responde Max Sche-

---

(1) MAX SCHELER. *De lo eterno en el hombre*. Madrid, 1940, página 35 y ss.

ler— es que “verdadero y divino sólo puede ser el auténtico Cristianismo en la medida en que no domina en este tiempo, sino que está *oculto y rechazado*. Reconocer su verdad y divinidad envuelve, pues, también la prueba negativa de que las causas ocultas de la conflagración mundial (y de los insolubles problemas sociales de la actualidad) tienen su lugar precisamente allí donde el Cristianismo, como fe subjetiva, estaba rechazado o excluído; en una palabra, no en la Europa cristiana, sino en la extracristiana, en la anticristiana”.

Lo que en realidad sucede —nos respondemos nosotros— es que el Cristianismo, como doctrina de vida integral y humana, tiene mucho que afirmar en los órdenes social, político e internacional, al menos como principio inspirador de formas de vida y relaciones. En el orden político, por ejemplo, existirán, de una parte, unos supuestos básicos y unas condiciones mínimas exigibles a todo sistema que no quiera estar en oposición a la dogmática fundamental del Cristianismo. De otro lado, existirá por parte del Cristianismo una inspiración positiva e histórica sobre los regímenes que natural y tradicionalmente se forjaron a lo largo de la Historia en todas las naciones cristianas.

Y un cristiano no puede ser, sin menoscabo de su lógica— cuando no de su ortodoxia—, ni socialista, ni liberal, ni totalitario. Ni puede simpatizar con las pasiones nacionalistas e imperialistas, ni con el espíritu del capitalismo, ni con el del proletariado.

Este sentimiento atormentado de la situación actual del Cristianismo, y de su misión de lucha en el mundo actual, se vive aún como en ninguna parte en España y en los pueblos hispánicos. Su expresión más trágica se da hoy, sin

duda, en el españolísimo pueblo mejicano, donde un catolicismo viril e íntegro, heredado de la madre patria, lucha contra la invasión de un catolicismo impreciso y acomodaticio, influido de protestantismo, que sus vecinos del Norte les exportan con claros fines políticos e imperialistas.



## LA SENDA DEL PORVENIR

Sin embargo, esta indicación sobre el carácter religioso del problema de nuestro tiempo —aun siendo esencial y básica— se mueve aún en el terreno de lo general, y es demasiado vaga para derivar de ella aplicaciones concretas. Pero nosotros estamos aquí en el campo de lo histórico concreto, partiendo de sus datos y pretendiendo llegar a conclusiones de sentido histórico. Como dice Berdiaeff, “la realidad histórica es, sobre todo, una realidad concreta y no una realidad abstracta, y constituye, precisamente, una forma concreta de la existencia, una forma íntegra”. Y la captación íntegra del sujeto de la Historia, que envuelve el problema de su sentido, sólo puede lograrse a través de la Filosofía de la Historia, en cuyo campo nos movemos.

Como hemos visto, después de varios siglos de individualismo y disgregación, sometidos de continuo al desesperante “comenzar de nuevo”, el hombre de hoy aspira a vivir otra vez en lo que llamó Delp “el área central que nos libre de esa ley de la tragedia eterna”. Junto a esa aspiración —lo hemos visto también— ha vuelto los ojos a cuantos forja-

ron la historia y la tradición y a su oculto y profundo significado.

Sin embargo, este reencuentro del hombre con aquellos valores preteridos, debe estar libre “de las angosturas y limitaciones provenientes de antojos personales o de ocurrencias casuales”.

En el orden religioso, por ejemplo, sólo existe una comunión histórica capaz de hablar de unión y de armonía constructiva en nombre de algo anterior y superior a cada posición de partido o de confesión. Esta es, indudablemente, la Iglesia Católica. En la conciencia de todos está que es ella la única esperanza seria de unidad cristiana. Pero el camino de esta recuperación no puede ser, a mi juicio, para la Iglesia Católica, la vía de transacción y minimización, sino, cabalmente, la contraria: la de afirmación. En el mundo hace falta luz y guía; es necesario un poder rector, una disciplina, un principio que, con prestigio histórico vivo y concreto, aglutine, oriente y defina.

Esto no es contrario, sino que está estrechamente unido, a la exigencia que Max Scheler reclama para toda obra de este género y que expresa con estas palabras: “abrirse, y con los brazos extendidos en ayuda, dar, ofrecer, regalar algo a la Humanidad y curar la herida abierta en su corazón”. Esta es la actitud generosa del misionero, no la interesada del diplomático. Solamente así se volverán hacia la Iglesia Católica los ojos de los hombres sinceros y tendrá lugar ese reencuentro en la misma esencia de nuestra historia. “Tal vez entonces —dice Delp— hallemos ese centro y nos instalemos allí donde adquieren nueva significación todos los casos, todos los temores, las fatigas y las deci-

siones ; donde la existencia se libra de toda tragicidad, porque perder allí la vida es encontrarla superabundantemente”.

Tenemos con esto un método para aplicarlo también al orden histórico-nacional concreto. Este es el de elevarnos por encima de todas las disidencias, creaciones personales y desvaríos, al tronco originario de nuestra unidad y dirección históricas. Es decir, buscar sincera y neutralmente el sentido profundo de nuestra historia hasta hoy.

Es, precisamente, lo que hemos tratado de hacer en la historia de nuestro pueblo. Y hemos hallado que este sentido permanece clarísimamente a través de nuestros esfuerzos bélicos de los siglos XVIII al XX, y en perfecta armonía con el espíritu general de la anterior historia. Es decir, que en España esa tradición vital y creadora es aún una realidad viva y actuante. Aquí no serían precisos, para un reencuentro con la propia personalidad, reconstrucciones ni retornos artificiales, sino una simple aceptación de lo que, a nuestro pesar en muchos casos, sigue escribiendo la historia de España que permanece. Nuestras guerras del siglo XIX nos enseñan que la empresa universal de nuestra Patria, que podría parecer trunca o fracasada, perdura todavía al modo de un ejército que, aun replegado a unas posiciones mínimas, conserva alientos y objetivos de victoria. Que vivimos, en la historia de España, solamente un *repliegue* histórico.

En el futuro podrán nacer nuevas ideas y movimientos que parecerán arrollarlo todo en un momento. Incluso, dada la situación espiritual de nuestro tiempo, hablarán muchos de ellos, en un orden abstracto e ideal, de retorno a la tradición ; pero en su concreción histórica serán producto de una ocurrencia casual. Serán soluciones taradas por el prin-

cipio del antojo personal y carecerán del prestigio y la autoridad que sólo depara la tradición histórica, *única* capaz de unir y mover hoy a los hombres.

Recordemos al respecto las palabras de Menéndez Pelayo: "Donde no se conserve piadosamente la herencia del pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora". Ellas no hacen sino recordar las de la vieja sentencia: *Nihil innovatur nisi quod traditum est*. Y, a su vez, son recordadas por el pensamiento actual: "Si perdiéramos definitivamente —dice Berdiaeff— el recuerdo de nuestros padres, todos los recuerdos ancestrales, perderíamos también el recuerdo del pasado. La humanidad se hundiría en un estado de demencia, transcurriendo su existir entre trizas de un tiempo desgarrado, deshilvanado, sin coordinación alguna entre sus partes".

En realidad, todas las viejas nacionalidades europeas poseyeron —y aun poseen las más estables y felices— un sistema político forjado por la Historia, y orgánicamente evolucionado. Estos regímenes —vigentes en unas, recuerdo e ideal en otras— hablan entre sí un lenguaje común, porque nacieron todos de la común tradición clásico-cristiana. Ellos son, para cada país, un fondo permanente y flexible que hace posible la incorporación y asimilación pacífica de las nuevas concepciones y formas de vida. Ellos constituyen un clima favorable incluso para la acción renovadora de las individualidades geniales, porque con su enraizamiento histórico crean una cultura típica y ambiental de la que todo genio ha de surgir, y con su estabilidad libran a los mejores espíritus de la absorbente y estéril lucha política.

De nuestro sistema tradicional, concretamente, suelen recibir hoy mismo su contenido positivo cuanto de eficaz existe en las ideologías políticas antirrevolucionarias, y a él se vuelven indefectiblemente nuestros ojos en los momentos de excepción y de peligro. Todo lo demás no ha sido, en el orden político, otra cosa que *maneras* diversas de la crisis y de la descomposición de nuestra cultura.

Pero una verdadera restauración será muy difícil si no se apoya en una supervivencia humana e histórica. Quizá sólo en España resultaría más fácil, porque *perdura* esa solera y esa continuidad de espíritu y acción. Ello es cuanto de grande y esperanzador puede encontrarse en el análisis interpretativo de su historia moderna. Ello es cuanto puede ofrecer hoy nuestra Patria al mundo: vuelta a su cauce tradicional y cristiano, servir a modo de germen y base para una restauración universal del orden cristiano.

“El pasado español —dice Maeztu— es una procesión que abandonamos para seguir con los ojos las de países extranjeros o para soñar con un orden natural de formaciones revolucionarias. Pero la antigua procesión no ha cesado del todo. Aún nos aguardan. Por su camino avanzan los muertos y los vivos. Llevan por estandartes las glorias nacionales...”

Los héroes de la guerra de 1821 enlazaban el sentido de su lucha con el de la Independencia. “El intruso Gobierno constitucional —dice el cronista de Navarra— fué en todo según el modelo y sistema del tirano Napoleón, desde el principio de su páfida agresión contra la España hasta el triunfo final de esta nación contra aquel monstruo de Europa. Una misma era la secta impío-filosófica de ambos; unos mismos sus falsos principios en orden a la reli-

gión y a la política; uno mismo su lenguaje y sus medios, y uno el fin a que ambos se dirigían”.

Por otro lado, las palabras con que encabeza su *Historia* parecen escritas para la anárquica situación que dió lugar a nuestra última Cruzada de Liberación: “La guerra de los realistas contra el sistema revolucionario constituye la lucha más sangrienta y desigual entre el hombre religioso, moral y amante de su Rey y el liberal ímpio y soberbio que, sacudiendo a pretextos de sistema y de reformas, el suave yugo de la religión y del soberano, pretende vivir independiente de toda potestad.”

Y nuestra misión como españoles, tras siglo y medio de contiendas político-religiosas, sólo puede ser la recuperación de una estabilidad política que, por encima de las disidencias, asentada en la historia común y en valores de todos reconocibles, pueda sostenerse a través de las futuras vicisitudes. >

